

El Infanta Elena, a por la copa mundial de baile en silla de ruedas

■ Desde marzo, una veintena de residentes del centro prueban esta innovadora y eficaz terapia

Las ventanas están abiertas en la residencia de las 70 personas que, por accidente o por enfermedad degenerativa, están postradas en una silla de ruedas y forman el Centro Infanta Elena.

Fuera hace calor. Van a dar las cinco de la tarde y llega el momento en el que, como cada jueves, decenas de esas personas van formando con sus sillas de ruedas una riada que desemboca en el salón de actos.

Dentro, se colocan espontáneamente en corro y Natalio Maiztegui Antia apricta el «play» de una torre de música. Empieza la fiesta «¿Quién quiere ser hoy el primero?», pregunta este oñatearra de

28 años. Durante más de una hora la mayoría de las presentes pasarán por sus manos. Y por las de Esther Amorós Vicente, pamplonesa de 25. Ellos son los profesores de baile de una veintena de residentes del Infanta Elena.

Empezaron en marzo y ya recogen el fruto de su labor. «Muchos han salido de baches y depresiones por bailar un día semanal, es una terapia que les ilumina y les da ganas de mejorar su situación», cuenta Esther Amorós.

Todo se empezó a gestar antes del verano. El 25 de junio del año pasado Esther y Natalio bailaron en los actos de aniversario del centro. Los residentes quedaron encantados y pidieron «más» a la dirección, pero la falta de tiempo de ambos lo hizo imposible hasta que, el primer jueves de marzo, por fin, comenzaron las clases.

A por medalla en Grecia

La experiencia es totalmente novedosa en España. Sólo en otro centro similar de Barcelona se



Esther

Maiztegui (de pie, en la foto) son los monitores de esta innovadora experiencia.

hace un año. «Lo que me ha pasado, «La música nos ha ayudado mucho y queremos potencia, más aún estas actividades», dice Belén Mateo Esteban, directora del centro, que está gestionado por Aspace.

Pero es que aún hay más. Por que en algunos países esta acti-

vidad no sólo está muy desarrollado sino que existe un comité que organiza unos campeonatos mundiales.

El Infanta Elena - con cuatro residentes - fue la única representación estatal en los últimos campeonatos mundiales de Boxmeer (Holanda), el 11 y 12 de abril.

Sólo fueron de observadores. Pero a las personas en silla les entró el «gusanillo» de cara a los próximos campeonatos de Grecia en el 99 y los monitores, por su parte, aprovecharon para relacionarse con auténticos profesionales del tema.

Todo aquello lo ponen en práctica ahora, los jueves, en el salón de actos del centro. «Hacemos que sientan la música, que vean lo que su cuerpo es capaz de hacer, para movernos, tomar contacto y transmitirles el placer de bailar», explica Esther Amorós. De momento, se han marcado el objetivo de participar en el nivel «Promotion», el más sencillo: «Estamos intentando descubrir gente con ganas y posibilidades de participar», explica Natalio.

Algunos de sus alumnos sólo pueden mover una mano, lo suficiente para mover el mando de la silla automática y hacerla deslizarse con dulzura.

Todos hablan con Esther y con Natalio mientras están bailando. Algunos dan palmas mientras bailan sus compañeros. Otros, como una sonriente señora que sólo puede mover la mano derecha,

marcan el ritmo de la música con el timbre que tienen las sillas automáticas al lado del malido.

A Charo, una residente a quien las sesiones de baile han animado mucho, la canción que más le gusta es «Los pajaritos». «Me gusta mucho, pero es un poco difícil», comenta «Yo seguiría más tiempo bailando», dice, entre risas, al término de la sesión.

Con las sevillanas participan todos. «Recoged las uvas...» dice Esther, y todos simulan ese movimiento con los brazos.

No es fácil regular esta modalidad de baile. Un sistema de puntos pondera cinco factores médicos (rotación del cuerpo, movilidad de los brazos, capacidad para tirar, para empujar y para controlar las ruedas) y divide en dos niveles igualados a los participantes.

Además, existen dos formas de baile: el «dúo», donde los dos miembros de la pareja están en silla; y el «combó», con uno de los dos de pie, que no tienen nada que ver con los tres niveles de veterania «Promotion», «Hoold» y «Top».

Dentro de un año, en Atenas, volverán a encontrarse con toda la gente que conoció en Holanda, como Maciej Czerwinski, el polaco en silla de ruedas con quien Esther no se entendía lingüísticamente pero sí bailando. La diferencia estriba en que, esta vez, se conocerán compitiendo.

Ion Stegmeier